

El ser interior está libre de falsas fragmentaciones

De todos los sentidos, tal vez el sentido del olfato es menos interferido por las actividades del “yo”. Para el ojo, es posible mirar y no ver, porque la mente puede hallarse ocupada en muchos otros pensamientos. Igual ocurre con el sentido del oído. Has de escuchar para oír. Una mente obsesionada puede no oír lo que se dice a pesar de que los sonidos lleguen al tímpano y hagan vibrar su membrana. Pero el cerebro sí registra un hedor o una fragancia por muy enfrascado que esté con sus pensamientos. Quizá se deba a que en el caso del sentido del olfato no está muy presente el “yo” con todas sus definiciones y divisiones. Y por eso, en tanto que podemos decir “vidente” u “oyente”, no se puede decir “oliente”, porque este órgano es más un receptor que no un “hacedor”.

Tal vez por eso durante un reciente *satsang* el cuerpo de Shibendu dijo que una fragante flor había florecido en ese cuerpo y que los coordinadores, como el viento, llevaban esa fragancia a sus regiones para que lo supieran los que la recibieran y quizás se inspiraran a florecer ellos mismos.

El viento no desempeña ningún papel excepto el de diseminar la fragancia y aquellos que la reciben no necesitan hacer nada para recibirla. ¿Podemos, mientras escuchamos, estar en un estado así de ausencia de toda acción? Escuchar así es el Gurú, ya que produce una transformación radical en la energía de Comprensión poniendo fin a muchas actividades de la mente.

Pero incluso la facultad olfativa puede convertirse en una víctima de la educación y condicionamiento como se ilustra a continuación:

Había dos amigos: una niña florista y una pescadora. Un día, la niña de las flores invitó a la pescadora a su casa para que se alojara en ella. Acomodó su huésped en una habitación junto a un hermoso jardín lleno de fragantes flores como el “dondiego de noche”, para que al menos por una noche pudiera su amiga disfrutar de la fragancia de las flores. Sin embargo, la pescadora estuvo revolviéndose hasta la medianoche para, finalmente, levantarse y dirigirse a su amiga. “No puedo conciliar el sueño”, le dijo. “Me molesta el olor del jardín”. La florista se acercó a la ventana que daba al jardín y se quedó perpleja porque sólo olía a flores. Se dio la vuelta para decírselo a su amiga, pero vio como ella había entrado su cesta de pescado y la estaba rociando con agua hasta que el olor a pescado llenó la habitación. Luego, la mujer se acostó y se quedó dormida.

¿Es posible mantenernos abiertos a la percepción sensorial sin convertirla en sensualidad a través de los condicionamientos e imposiciones culturales? Abrámonos a la fragancia del liberarnos de las falsas fragmentaciones de nuestro ser interior.

Gloria a la fragancia del Kriya!